

La fundamentación doctrinal mostrada tras el análisis de textos de Padres y teólogos, de tanto la Iglesia Greco-oriental como Latina, es lo que permite mostrar, tesis clave del libro, que la cama presente en las Anunciaciones no es un elemento ornamental más de los presentes en las representaciones de La Anunciación. Muy lejos de ser así, desempeña un papel muy específico y de enorme relevancia e importancia que exigía un reconocimiento, un estudio y una reflexión, que, como muestra el autor, con una mezcla de asombro y tristeza, están ausentes en las obras de los más reconocidos estudiosos del período y del arte pictórico en general.

El libro termina con un epílogo en el que se muestra con claridad la fascinante labor llevada a cabo, el orden y los resultados de esta, a lo que el autor añade una excelente bibliografía, que ofrece, como un tesoro que agradecer, junto a referencias clave, un listado excepcional de fuentes primarias a las que acudir para continuar avanzando en tan apasionante campo. – IGNACIO VERDÚ BERGANZA (iverdu@comillas.edu)

KORF, B., *Schwierigkeiten mit der kritischen Geographie. Studien zu einer reflexiven Theorie der Gesellschaft*, Bielefeld: transcript Verlag, Bielefeld, 2022 245 págs.

El libro titulado *Dificultades con la geografía crítica. Estudios para una teoría reflexiva de la sociedad*, escrito por Benedikt Korf, profesor de Geografía Política de la Universidad de Zúrich (Suiza) y autor de una interesante y original producción intelectual que abarca una gran variedad de temas de naturaleza política, geopolítica y antropofilosófica, propone una lúcida aproximación a los atolladeros en que el pensamiento crítico, por su propia forma de articularse y de construir sus posiciones, tiende a caer, y con él, todas aquellas disciplinas que se han anclado epistemológica y conceptualmente en tales horizontes críticos, de una manera a veces un tanto perentoria, dado el frenesí de «giros» y «renovaciones» constantes a las Humanidades se han dejado arrastrar en las últimas décadas.

El término y la clave interpretativa de semejantes «dificultades» las toma Korf del filósofo alemán Odo Marquard, quien

utilizara en su día dicha categoría en *Dificultades con la Filosofía de la Historia* (1973), libro que no puede decirse haya gozado de gran predicamento en el mundo hispanohablante, dada la más que modesta recepción del conjunto de los trabajos de Marquard. De entrada, quizás sorprenda (y desinterese) al lector de materias filosóficas encontrar una reseña de un libro aparentemente sobre Geografía (sobre geografía crítica, para más señas); pero ni el aparente foco en la Geografía aleja al texto de cuestiones de gran enjundia filosófica, ni las alusiones propiamente disciplinares resultarán nuevas o extrañas a un posible lector lego en materias geográficas o ajeno a las querellas de los conventículos de la Geografía. Antes bien, el acierto del libro estriba precisamente en que acomete su tarea de una manera completamente indirecta, pues se trata de una crítica *in obliquo*: tristesse oblige, ya lo dejó dicho Maquard, bien diestro él mismo en aproximaciones tangenciales.

El abordaje elegido por Korf consiste en interrogar de manera persistente y múltiple las fuentes filosóficas últimas de las que estos estilos argumentativos críticos (de la Geografía y, *mutatis mutandis*, de las Ciencias Humanas pasadas por el llamado «giro espacial») extraen su potencial y, a la postre, definen su horizonte epistemológico, político y moral. Sloterdijk, Agamben, Foucault, Schmitt, Benjamin —por citar solo unos pocos— son pensadores omnipresentes en estas páginas, mucho más que los geógrafos críticos que uno esperaría ver citados y analizados con minuciosidad forense, dado que lo que aquí se trata es de confrontar las «dificultades» que dicha forma de pensamiento geográfico experimenta. Sin embargo, los geógrafos no comparecen en ningún momento (o sólo de modo muy esporádico y casi anecdótico), y no debería uno siquiera esperarlos, precisamente porque la aproximación que Korf ensaya en este libro evita cualquier querrela, personalización o confrontación directa respecto de la geografía crítica.

La tentación de ver un «hombre de paja» emergiendo de esas sombras, presencias elusivas o de los ecos de los tonos y estilos aquí diseccionados rondará a cualquier mente sensata, claro está; pero tal sospecha resultará una excusa terminante para desechar el libro y evitar entrar a considerar

sus premisas únicamente para aquellos que sean de indignación fácil o estén profundamente convencidos de que las cosas importantes solo pueden abordarse con gesto adusto y mucha severidad (excusa siempre socorrida para quien prefiere ahorrarse cualquier trato con la ironía y, al cabo, con el pensamiento y la lucidez).

Vistas las cosas en su contexto, la aproximación al asunto no puede ser sino indirecta: por un lado, Korf asume necesariamente que sus lectores son, como él mismo, parte de esa comunidad de pensadores —geógrafos o no— críticos (crítico-hermenéuticos, cabría decir forzando algo las cosas), y que, por tanto, están lo suficientemente familiarizados con tales estilos, tropos y tonos como para ser capaces de detectar, implícitamente, qué tipo de dificultades se están ventilando aquí y por qué es necesario vérselas con ellas. Por otro lado, y más importante, este análisis de la geografía crítica por figura interpuesta (de sus filósofos de cabecera) responde a una voluntad firme de no caer en las mismas dificultades que son expuestas por su autor: el juicio sumaráisimo en que el pensamiento (geográfico) crítico cae con respecto del mundo y de otras formas de practicar el pensamiento o la geografía. Es por esto que lo decisivo de la aportación de este libro, y de la obra de Korf en su conjunto, estriba en ofrecerle al pensamiento crítico (sobre todo al de tipo anglosajón, demasiado dependiente de su propia e idiosincrásica recepción de la *French Theory*) fuentes alternativas de inspiración y materiales para formar una *posición* diferente, aunque perfectamente compatible con los temas y preocupaciones de las formas de pensamiento (geográfico) crítico analizadas en sus páginas.

Con este punto de partida, el autor del libro acomete la tarea de explorar los mecanismos consustanciales a cierto tipo de criticismo, cuya posición de enunciación se construye de tal manera que no deja espacio a la reflexividad o al análisis hacia sus propios presupuestos: lo que, de nuevo siguiendo a Marquard, se designan como *Schonstellungen*, es decir, posiciones desde las que, quienes las formulan, se ponen a salvo, (se) evitan la crítica o, en el mejor de los casos, la hacen superflua. Aquí la teoría

tiene la función fundamental de construir esa posición de inmunidad, de generar un cierto encapsulamiento (moral) de las posturas propias que las lleva a eximirse de justificación, pues ellas mismas *son* su propio marco de validez: ¿o es que tal vez puede haber un «afuera» desde el que hablar o investigar *legítimamente*, siendo el caso que *ese lugar* ya ha quedado invalidado en el momento mismo en que la crítica se constituye retirándose de él, descartando toda conversación posible con *eso otro* que no puede ser sino objeto de reprobación absoluta? La última palabra hace mucho que fue pronunciada en ese reino kantiano de los fines en que opera esta forma de teoría, por más que su infinita automodulación discursiva y su compulsión hermenéutica generen todo tipo de ilusiones de pluralidad y de constante disenso, innovación o avance.

De manera implícita o explícita, todo esto queda suficientemente claro en el primer capítulo del libro, donde Korf ofrece una interpretación escéptica de los desarrollos recientes de la geografía crítica (aquí sí), poniendo de relieve que el impulso moral (la moralización constante de posturas y debates) que ha dado aliento a la reconstrucción postpositivista de la geografía contemporánea (anglosajona y, por extensión, la alemana —aunque entre líneas resulta fácil ver reflejados esos mismos «tonos» y «constelaciones discursivas» en otras geografías y pensamientos) no ha hecho sino imposibilitar el diálogo con otras formas de pensamiento geográfico (preteridas, caricaturizadas o sentenciadas irrevocablemente), y no mantener abiertas al escrutinio las propias posiciones. Lo esencial aquí radica, según insiste Korf, en que esta forma de fundamentación del edificio epistemológico hace de la «crítica», no ya un mecanismo de auto-adscripción profesional (los réditos en este sentido son copiosos y evidentes), sino un «marco de plausibilidad» [*Plausibilitätsrahmen*], conforme a la expresión del geógrafo alemán Dietrich Bartels, dentro del cual resulta fácil moverse irreflexivamente: *noblesse oblige*.

El análisis de Korf deja, pues, en evidencia desde el principio que las cartas están marcadas, pues las posiciones ya han sido definidas de antemano: con Maquard, de

nuevo, Korf habla de la «tribunalización» y de la «personalización» como mecanismos recurrentes en la construcción de las posiciones contrarias y, por ende, de la *exención* en que se basa la propia (el *eximere* latino deja esta dialítica bien clara). Recuérdese, por otra parte, que Maquard habló en su día de la «tribunalización» [*Tribunalisierung der Lebenswirklichkeit*] como la clave para entender la operatividad de la Filosofía de la Historia y su naturaleza profundamente teodiceica: siendo la teodicea la forma moderna por excelencia de lidiar con el problema del mal, una vez fracasada la versión de Spinoza, las sucesivas rondas de exculpaciones y acusaciones que la Filosofía de la Historia pone en marcha, el pensamiento crítico ha quedado convertido en un baluarte moral inexpugnable y, en sus versiones derivadas más triviales, un dechado de *apriorismo* y complacencia, de generalizaciones apresuradas y algo dogmáticas, nada de lo cual, por cierto, resulta incompatible con dosis ingentes de esforzada verbosidad, filigrana conceptual y sofisticación teórica, como todo lector contemporáneo sabe perfectamente.

Con todo, el interés del libro para un lector no-geográfico y la agudeza de su aproximación estriban en que este gesto de auto-exención de la crítica lo rastrea y localiza Korf en muy diversos y concretos conjuntos de literatura, temas, argumentaciones y diagnósticos frecuentes hoy en día, tanto en la academia como en la esfera pública. Así, los capítulos centrales ofrecen casos elocuentes de estas dificultades en ámbitos y discusiones que van desde la recepción contemporánea de la filosofía cínica antigua en las posturas contrapuestas de P. Sloterdijk y M. Foucault respecto de la función y forma de la crítica al dogmatismo (capítulo segundo); al análisis de la naturaleza arcana de los presupuestos gnósticos del pensamiento de M. Heidegger y C. Schmitt y los consiguientes problemas que semejantes disposiciones apocalípticas conllevan para la apropiación crítica de tales autores (capítulo tercero); pasando por los debates en torno al enfoque del «desarrollo participativo» (centrado en la incorporación de las comunidades locales a los procesos de cooperación internacional) y del post-desarrollo, con su contundente

crítica al ecosistema institucional de ayuda internacional, entendida como forma de perpetuación de hegemonía de los países occidentales en la esfera internacional (capítulos cuarto y quinto); para llegar, en los capítulos sexto y séptimo, a una exploración de la homogeneidad estructural que se da entre posiciones de izquierda y derecha por la manera en que los motivos de la «crisis» [*Krisis*], la «emergencia» [*Ernstfall*] y la «excepción» [*Ausnahme*] han sido movilizados en las discusiones contemporáneas, en clave mayoritariamente agambiana, sobre el terrorismo, la pandemia y las sucesivas crisis económicas con el fin de diagnosticar lo esencial de la condición contemporánea. Finalmente, el capítulo octavo aborda algunos aspectos de las formas actuales de violencia (discursiva o material) y de extremismo o irracionalidad, tanto en las sociedades occidentales como en otras, poniendo el énfasis en lo limitado de las aproximaciones teóricas dominantes a estos problemas, por cuanto dependen de unos presupuestos, derivados de y determinados normativamente por un tipo ideal de democracia liberal, que la mayoría de las veces impide diagnosticar, o simplemente comprender adecuadamente, las complejidades de la realidad empírica y del terreno, al que se mira (sean los populismos occidentales o las violencias poscoloniales) desde la atalaya moral de conceptos y teorías cuya carga normativa se ignora, se disimula o se reivindica, dicho sea de paso, con el mayor de los desahogos y cegueras.

Lo que a través de esta diversidad de temas ilustra Benedikt Korf, con no poca sagacidad, inteligencia y admirable buen tono, es la omnipresencia de unos estilos, acentos y tropos perfectamente reconocibles para el lector de teoría crítica. En cada capítulo, frente a las antinomias, distorsiones o las «dificultades» en que las posturas analizadas caen, Korf propone una fuente alternativa de pensamiento o un ángulo diferente (incluso una inversión completa de la mirada) desde el que considerar las cosas más calmada y reflexivamente. Así, frente a la superioridad de la postura cínica que encuentra en la risa distanciada o en la *parrhesia* (el hablar franco) formas efectivas de sustraerse al

poder; frente a las disposiciones esotéricas de quien *ya sabe* —puesto que el mundo está perdido de antemano— lo que ha de desencadenar su fin, la salvación intramundana (y nótese que la insidiosa doblez del término «fin» —como terminación [*Ende*] y finalidad [*Ziel*]— está alojada en el corazón mismo de la Filosofía de la Historia y constituye, claro, su primordial «dificultad»); frente a la ansiosa premura y la frívola omnipresencia de ese particular género teórico en que se ha convertido el *Zeitdiagnostik* que busca ver, ante todo, confirmadas sus posiciones de partida en forma de ventajas hermenéuticas absolutas sobre los estados de crisis; frente a la inadvertida disposición heroico-romántica de los vocabularios de la «autenticidad» y la «excepción» que dramatizan y jurifican lo político; frente a todo ello opone Korf, paciente y templadamente, una modulación particular del ejercicio, siempre provisional, de la crítica que impida resurgir el dogmatismo que la crítica antidogmática lleva alojada en su interior: bien sea mediante una explicitación adecuada de los fundamentos político-teológicos de las figuras centrales de la crítica; ora mediante la resignada melancolía de quien se sabe parte de los mismos fracasos y dificultades de los que trata de dar cuenta; ora mediante la ironía desengañada de quien sabe que sus compromisos primeros están en y lo empírico, con el mundo de la vida y sus complejas ambivalencias, y que, por tanto, salvar la teoría, es lo de menos.

Lo sustancial y decisivo de la propuesta de Korf es, por tanto, la reivindicación de lo razonable, de la civilidad, de la normalidad (tan marquardiana, después de todo), de la necesidad del jarro de agua fría [*Ein theoretisches Kältebad*] a las desmesuradas expectativas de la teoría y, en definitiva, la articulación de una forma de crítica limitada internamente por la propia estructura auto-acotada y reflexiva mediante la que construye su posición a partir de un escepticismo situacional, no permanente, más metodológico que sustantivo (el propio Korf hace explícito su rechazo a la postura política de Marquard, constantemente combinada a lo largo del libro con otros contrapesos teóricos, por lo demás, poco sospechosos: H.

Blumenberg, H. M. Enzensberger, J. Vogl, R. Jaeggi, por citar solo algunos). Se trataría, a fin de cuentas, de que allí donde ciertas formas de pensamiento crítico piden anuencia, énfasis, observancia y convicción, se cree un espacio para la reserva escéptica, la demora, el desvío y, en definitiva, la reflexividad (*Nachdenklichkeit*, siguiendo a H. Blumenberg), a fin de que una forma inmanente de crítica pueda emerger, expresión a su vez de una actitud modesta epistémicamente y calmada éticamente: no en vano, la *Gelassenheit* aparece aquí acompañada con dosis tasadas y procedimentales de la vieja *apatheia* y la *ataraxia* propiamente escépticas, las cuales lejos de conllevar un rechazo de toda posibilidad de conocimiento, implican más bien la inconveniencia de elevar ese conocimiento a principio.

El libro, claro está, presenta sus propias dificultades, pero esas dificultades son precisamente su punto fuerte y el verdadero élan para quien asume la provisionalidad de toda posición y sabe que la tarea de articular esta reserva escéptica para un pensamiento social crítico, en sentido amplio, para su comprensión de la función de la teoría, para no engañarse acerca de lo que es posible esperar de su siempre atormentada relación con la *praxis* es una tarea que permanece siempre inacabada. En este sentido, el libro se cierra con un elocuente *Nachwort* donde el planteamiento del autor da un giro teológico-político que, si bien no puede decirse que sea inesperado y resulta coherente con el tipo de preocupaciones expresadas en las páginas anteriores, formula un paradójico intento de *reocupación escatológica* del espacio reflexivo abierto por el escepticismo abrazado a lo largo del libro; un escepticismo, recordemos, fuertemente signado por el cierre antropológico que la «polimiticidad» postulada por Marquard, o que la estructuración del espacio reflexivo del *Nachdenklichkeit* de Blumenberg (tan opuesto a las derivas criptoteológicas del *Andenken* heideggeriano) conllevan y que resultan, al fin y al cabo, en una suerte de *vade retro eschaton*.

Revisitando las figuraciones y motivos teológicos en la obra de Benjamin, Adorno y Horkheimer o Taubes, el autor maniobra de forma que la reserva escéptica pueda coincidir con la reserva escatológica, y la

crítica, como forma de salvación secularizada, mantenga algo de la chispa teológica que impida al fin su plena inmanentización (moderna) y, por ende, el cierre antropológico del horizonte reflexivo y el bloqueo de la fundamentación escatológica de la esperanza y de la crítica. Cómo de plausible resulta esta maniobra de reocupación escatológica del espacio reflexivo del escepticismo es algo que el lector debe juzgar con detenimiento, y ponderar hasta qué punto la transformación de ese espacio ha de ser total para que la escatología resulte operativa.

El lector familiarizado con la prosa filosófica contemporánea à la Agamben quizá suspire melancólicamente viéndose confrontado de nuevo a los malabarismos hermenéuticos de quienes quieren (re) activar las prestaciones críticas de la teología (política o no) sin asumir lo básico del sistema filosófico al que tales prestaciones pertenecen. Esto lo ha dejado claro el filósofo J. L. Villacañas en su monumental *Teología política imperial y comunidad de salvación cristiana*. Y Taubes lo vio claro en su confrontación con los desarrollos historicistas de la teología de su tiempo. A algo de ello apunta Korf en el epílogo de su libro (su referencia explícita a J. B. Metz quizás es una forma de eludir estos problemas), lo cual permite razonablemente esperar que la senda iniciada en este libro sea culminada con éxito más adelante: en qué estado y forma queden la teoría y la crítica después de esta maniobra escatológica es algo que sólo la obra venidera del propio Korf podrá atestiguar.— PALOMA PUENTE LOZANO ppuente@hum.uc3m.es

SANDEL, MICHAEL J., *The Tyranny of Merit*. Penguin Random House UK, 2020, 278 págs

Una sociedad construida de acuerdo con el modelo meritocrático no solo parece, a los ojos de muchos, un ideal deseado, sino también un ideal realizable. El profesor Michael J. Sandel pone en entredicho el ideal meritocrático y defiende la tesis de que este no debería ser la meta del proyecto político de un país. Toma como objeto de estudio la polarización política de los Estados Unidos y la desintegración gradual de los vínculos comunitarios, con el fin de analizar de qué modo *esta aspiración al mérito* ha

transformado la sociedad norteamericana y otras que se dirigen hacia el mismo rumbo.

Tanto los partidos de izquierda como de derecha han luchado por encarnar el ideal meritocrático. En ambos extremos, se observa con gran claridad el mismo proyecto político, a saber, la lucha por lograr *la igualdad de oportunidades* entre ciudadanos con el propósito de minimizar y eliminar que otras variables que no sean el mérito —como la raza o el género— jueguen un papel crucial a la hora de determinar quiénes ocupan los lugares más prominentes en la jerarquía social. Si bien es verdad que los caminos elegidos para fomentar y llevar a cabo esta propuesta política difieren entre los distintos partidos políticos, el afán de crear una sociedad que se rija por la ética del mérito y del esfuerzo ha sido ampliamente aceptado a lo largo del espectro político. Y no es para menos, puesto que, a simple vista, nos parece justo recompensar a aquellos que ejercen el mayor grado de esfuerzo, obteniendo con ello unos resultados valorados en nuestra economía. Sandel, sin embargo, no solo problematiza, con gran agudeza, las repercusiones que tendría el lograr establecer una meritocracia, sino también pone de manifiesto la insuficiencia del *esfuerzo o mérito* como ideal político.

En primer lugar, Sandel pone el acento en dos de tantas *actitudes* que tendrían lugar como fruto de sostener una ética meritocrática: *hubris* (arrogancia) y *resentment* (resentimiento). Si aquellas personas que están en la cima, lo están en razón de su esfuerzo; esto implica que aquellos que están a la base de la jerarquía económico-social, lo están por su falta de empeño. Así entendido, la gradual separación entre los de arriba y los de abajo da lugar a un profundo *hiato social* que genera un ambiente de arrogancia en “los ganadores” y humillación en “los perdedores”. Naturalmente, esto erradica toda noción de dádiva y de privilegios por parte de los que ocupan o llegan a la cima.

Por otro lado, Sandel sostiene que la lógica del mérito —con X esfuerzo, he logrado Y = merezco Z—, “deja poco espacio para que surja una solidaridad como fruto de la reflexión de la contingencia de nuestros talentos y fortunas” (pág. 25; todas las citas del presente trabajo, incluyendo esta,